

EL PORQUÉ DE LOS DICHOS: LA FRASEOLOGÍA DEL VINO

ESTEBAN TOMÁS MONTORO DEL ARCO*

Universidad de Leipzig

El vino es uno de los productos gastronómicos más antiguos, admirados y celebrados de nuestra cultura y por ello no sorprende que haya referencias a él desde los primeros testimonios escritos. De hecho, muchos de nuestros refranes y de nuestros dichos en relación con el vino son de origen latino, algo muy natural y perfectamente explicable, pues la vid es una planta especialmente cultivada en el Mediterráneo y los viñedos forman parte del paisaje de los distintos países que bañan su cuenca. A Plinio el Viejo se le atribuye una de las sentencias más conocidas sobre esta bebida, *In vino veritas*, frase de la que se conocen versiones paremiológicas en las distintas lenguas europeas (esp. *En el vino está la verdad*, al. *Im Wein ist Wahrheit*, fr. *La vérité est dans le vin*, ing. *In wine is the truth*, it. *La verità è nel vino*, etc.).

La fraseología de las lenguas es uno de los medios a través de los cuales la memoria colectiva da cuenta de las cualidades y connotaciones socioculturales que se han ido asociando durante siglos con los alimentos que han estado o siguen estando en la base de la alimentación de su comunidad hablante. No es de extrañar, por tanto, que todas las lenguas romances hayan implicado tradicionalmente al vino incluso en la forma de mostrar su peculiar visión del mundo, a través de imágenes o apreciaciones construidas sobre sus características sensoriales, los efectos físicos y anímicos que produce su consumo (ya sea moderado o abusivo), así como las circunstancias y contextos de la vida, privados o públicos, en los que suele estar presente.

I. LO PÚBLICO Y LO PRIVADO

Como es sabido, el cuerpo y la percepción de lo físico condicionan cognitivamente la conceptualización de lo psíquico (sentimientos y sensaciones) y como resultado se convencionalizan ciertas metáforas. La viña, por ejemplo, es considerada desde la perspectiva cristiana como el conjunto de los fieles guiados o doctrinados por un

* Doctor en Lengua Española por la Universidad de Granada, Esteban Tomás Montoro del Arco es especialista en fraseología, tema sobre el que versaba su tesis doctoral y sobre el que ha publicado diversos trabajos.

ministro del Señor. Así, con la expresión *De todo hay en la viña del Señor* —que según parece (Iribarren 2002) tiene su origen en *De todo tiene la viña: uvas, pámpanos y agraz*— se señala que siempre existen elementos buenos y malos en cualquier cosa. Trascendiendo su valor colectivo, la viña puede representar también el ámbito privado propio de una persona: la expresión coloquial *De mis viñas vengo* la utilizamos para dar a entender que no hemos tenido intervención en un hecho, sino que nos hemos mantenido al margen o simplemente no hemos tenido conocimiento de él. Del mismo modo, se dice que *Cada uno conoce las uvas de su majuelo* (= ‘viña’), es decir, que las cosas propias son más conocidas por uno que por los extraños. También puede darse un paso más e identificar la viña con una de las «posesiones» más preciadas para un hombre, la mujer —desde la perspectiva evidentemente tradicional propia del refrán—, y que, por tanto, ha de esmerarse en proteger: *El miedo guarda la viña* (, que no el viñadero, niña); *Mujer hermosa, viña, huerta e higueral, muy malos son de guardar*; *No tengas mujer bonita ni viña en camino real, que para gozarlas tú solo, tienes mucho que velar*.

No obstante, ese ámbito privado puede volverse de repente público por uno de los efectos mejor conocidos del vino: su capacidad para hacer que los borrachos revelen sus secretos más inconfesables o la verdadera naturaleza de su espíritu, muchas veces distinta a la que quizá se esfuerzan por ofrecer en la vida diaria. Aparte del célebre dicho latino comentado en el primer párrafo (*In vino veritas*), las distintas lenguas han acuñado refranes para poner de manifiesto que el vino deja al descubierto la intimidad del bebedor, que pierde el control sobre sí mismo: así, de la sentencia latina *Vinum, animi speculum* provienen la española *El vino es el espejo del alma* y la francesa *Le vin est le miroir de l’homme*; en judeoespañol se dice que *El vino quita ajuera lo que ay adientro*, y en francés, sincretizando paganismo y religiosidad, que *Vin et confession découvrent tout*. En español se afirma que *Cuando el vino entra, el secreto sale* o que *Después de beber, cada uno dice su parecer*. En todo caso, el alcohol proyecta hacia el exterior no sólo información valiosa o preciada por su poseedor, sino también palabras sin sentido, llegando incluso a poner de manifiesto cierta merma de la capacidad racional. Por ello abundan los refranes en los que se incide en que el vino es contrario a la razón: *Do entra el beber sale el saber* (con equivalentes en numerosas lenguas: lat. *Dum vinum intrat, exit sapientia*, al. *Wein ein, Witꝯ aus*, it. *Vino dentro, senno fuori* y *Dov’entra il bere, esce il sapere*, fr. *Le boire entre et la raison sort*), *Los locos, los niños y los achispados por el vino hablan sin tino* o *De vino abastado, de razón menguado*. Sin embargo, dado el peligro que puede entrañar el enajenamiento etílico, curiosamente se aconseja dar siempre la razón a los borrachos.

2. EL HABLA

Por otro lado, si nos centramos más en la forma que en el contenido del parlamento de un bebedor, el refranero refleja sabiamente que, según la mayor o menor prudencia

que tengamos al consumirlo, el vino, por un lado, puede facilitar el uso de la palabra, pero por otro puede entorpecer gravemente la capacidad de expresión. En el primer caso, encontramos la bonita imagen del latín medieval *Post vinum, verba; post imbrem, nascitur herba* ('Después del vino nacen las palabras como después de la lluvia nace la hierba'); y en español *Un azumbre de vino tiene más palabras que el Calepino*, en referencia al diccionario políglota del religioso italiano de la Orden de San Agustín Ambrosio Calepino (h. 1435–h. 1511), de gran vigencia en los siglos XVI y XVII. Aparte, en esta línea tenemos testimonios tan ilustres como el famoso pasaje de Gonzalo de Berceo, quien en su *Vida de Santo Domingo de Silos* afirma valerse del vino para encontrar las palabras de las que no dispone por su falta de instrucción: «Quiero fer una prosa en roman paladino / En qual suele el pueblo fablar a su veçino, / Car non so tan letrado por fer otro latino, / Bien valdrá, commo creo, un vaso de bon vino».

Por el contrario, uno de los efectos más evidentes del abuso del vino es el de trabarse la lengua: en situaciones de este tipo, se trae a colación el dicho *Borracha está la ladra, hace tres días que no perra*. De hecho, ya en nuestros días, el propio borracho, cuando todavía es consciente del deterioro de sus facultades articulatorias, suele utilizar un mismo juego de palabras y señala de modo parecido en tono festivo *Se me lengua la traba*.

3. EL VINO, BUENO

Sea como fuere, dejando a un lado la recurrente asociación del estado de embriaguez con el famoso himno de Asturias, siempre se han cantado las excelencias del vino, pero siempre y cuando se den al menos tres condiciones básicas: que se beba en edad adulta, que se consuma con mesura y que sea de buena calidad. La primera la reflejan refranes como el que dice *El vino para los hombres es bueno, y para los niños, veneno*; además incluso se insiste de forma universal en los efectos terapéuticos que tiene en etapas avanzadas de madurez, equiparables a los de la leche: del latino *Vinum, lac senum* provienen el esp. *El vino es la leche de los viejos*, el fr. *Le vin est le lait des vieillards*, el al. *Guter Wein ist der Alten Milch*, o el it. *Il vino è il latte dei vecchi*. De hecho, incluso rejuvenece: *Sea joven o sea añejo, el buen vino estira el pellejo*. La segunda condición es que ha de tomarse con moderación: *Pan a hartura, y vino con mesura*.

En tercer lugar, a nadie escapa que el vino es uno de los productos en los que con más vehemencia se ensalza la calidad frente a la mediocridad, representada esta última por el *vino peleón*. Por ello el refranero destaca las cualidades sensoriales a través de las cuales puede percibirse aquélla: *Tres cosas en el vino has de considerar: espejo, olor y paladar; El vino debe tener tres prendas de mujer hermosa: buen color, buena nariz y buena boca; El buen vino ha de ser añejo, y ha de tener buen olor y buen color, y buen gusto y mal dejo; Vino de olor, color y sabor, suavísimo licor*. En español tenemos un curioso refrán que lo resume pero que de entrada puede resultar un tanto críptico: *Vino de una oreja, prendado me deja; vino de dos, maldígalo Dios*. Cantera Ruiz

de Urbina (1999, p. 106) lo explica de la siguiente manera: «Cuando al degustar, y más aún al catarlo, un vino merece la aprobación, es frecuente darlo a entender inclinando la cabeza (y por ende una oreja) generalmente hacia la izquierda. Si, por el contrario, no la merece, y sobre todo si desagrada, suele darse a entender moviendo la cabeza (y con ella ambas orejas) hacia un lado y hacia el otro».

Cuando el vino no responde a todas estas cualidades, podemos rematar diciendo que *Sin olor, color ni sabor, es el agua mejor*. Precisamente la comparación del vino con el líquido elemento constituye un tópico más del refranero, en el que el agua por lo general no suele salir bien parada (siempre en un tono sarcástico, se entiende). Algunos refranes aprovechan la versatilidad funcional del agua y su falta de elaboración frente al vino precisamente para colocarla en un segundo lugar: así, el esp. *El agua para los bueyes, y el vino para los reyes* (o *para los fieles*) o el fr. *Le vin pour boire, l'eau pour se raser* ('El vino para beber, el agua para afeitarse'). Otro grupo de ellos no se contenta sólo con expresar la primacía del vino frente al agua (*¡Más vale vino maldito que agua bendita!*), sino que llega a mostrar un cierto recelo hacia la última: *Algo tendrá el agua cuando la bendicen* o *Si el agua pone así los caminos, cómo pondrá los intestinos*. No obstante, como no puede ser de otra forma, también se encuentran refranes que encumbran al agua por encima del vino, pero casi siempre debido a deméritos de éste: *El agua no embeoda ni endeoda; Buena es el agua, que cuesta poco y no embriaga; Agua buena no enferma, ni embriaga, ni endeoda; El agua ni envejece ni empobrece*.

Aparte, por muy bueno que sea, *En el mejor vino hay heces*, paremia que, como imagen del comportamiento humano, nos advierte de que no debemos fiarnos de las apariencias, ya que pueden resultar engañosas. Pero el vino bueno no engaña a nadie y suele venderse por sí mismo, sin necesidad de ser enaltecido. Tenemos una serie de refranes que lo expresa: *El buen vino no ha menester pregonero; El buen vino, la venta trae consigo* o *El buen vino de sí propio es padrino*, entre otros. La cualidad de añejo suele ser garante en estos casos de la calidad de un vino, como suele suceder con la amistad, con la que es comparada con frecuencia: *El amigo y el vino, antiguos; Amigo, viejo; tocino y vino, añejos; El tocino, el vino y el queso, añejos; el amigo, viejo*.

4. ALEGRÍA DEL CUERPO Y DE LA MENTE

Como ocurre con el buen tiempo (*El vino y el sol alegran el corazón*), el vino tiene múltiples beneficios para el hombre, pues afecta de forma paralela tanto al cuerpo como a la mente. En efecto, desde el punto de vista físico, el vino es capaz de dar calor: *Más abriga el jarro que el zamarro* o *Más abrigan buenas copas que malas ropas*. En segundo lugar, constituye un remedio para todo tipo de enfermedades, como bien supo el pequeño Lázaro de Tormes en uno de sus episodios con el ciego: «Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y, sonriéndose decía: —¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud». Por otro lado, el vino otorgaba ímpetu a la hora de afrontar las duras labores del campo y los hombres

tenían la costumbre de tomar un tentempié a media mañana acompañado de un trago de vino para reponer fuerzas. Por ello se decía que *Aunque el hombre sea de bronce, no le quites el trago de las once* o *El que a las once no ha 'bebido', viene el diablo y dice: 'este es mío'*. Por último, beber vino puede mantener alejado al médico: *Si quieres ver a tu marido gordito, después de la sopa dale un traguito; Bebe tras la cocina y manda al cuerno la medicina; Bebe tras caldo y vaya el médico al diablo; Si uno siente catarro, lo mejor es acudir al jarro; El vino alegra el ojo, limpia el diente y sana el vientre; Anda caliente, come caliente, bebe asaz y vivirás*.

Sin embargo, sus efectos pueden ser perniciosos si no se combina con los alimentos adecuados. Por ejemplo, una creencia popular muy extendida señala que *Quien toma leche detrás del vino, no está en su sano juicio*. Más sorprendente es la costumbre de recomendar beber vino tras comer pera: *Agua al higo; y a la pera, vino* o *Tras las peras, vino bebas (y tanto que las peras anden nadando)*. Lo mejor, en definitiva, es no cambiar de líquido: *Si quieres que el vino no te haga daño, échale un remiendillo del mismo paño*.

En cuanto a la mente, la mayoría de las lenguas coincide en afirmar que el vino quita las penas y alegra el corazón: lat. *Vinum bonum laetificat cor hominis*, esp. *El buen vino alegra el corazón del hombre*, fr. *Le bon vin réjouit le coeur de l'homme*, al. *Der Wein erfreut des Menschen Herz*, ing. *Wine makes glad the heart of man*. Además, se dice que el vino influye también en las relaciones amorosas, pues *Sin pan y vino el amor se vuelve frío* o *Sin pan y sin vino no hay amor fino*. En cualquier caso, el vino otorga al hombre fuerza para afrontar cualquier obstáculo que se le presente en la vida, ya sea en lo físico como en lo psíquico, pues *Sin vino y sin barina, no se camina* y *Con pan y vino se anda camino* (o *Pan y vino andan camino, que no mozo garrido*). En definitiva, *¡Traigan vino, queso y pan, que se acabó nuestro afán!*

5. LA BORRACHERA

La borrachera es la manifestación más visible e inmediata de los efectos que el exceso de alcohol puede causar. En la actualidad empleamos la locución *Andar/estar* [alguien] *entre Pinto y Valdemoro* para caracterizar a la persona que vacila entre dos cosas u opiniones, o adopta una actitud ecléctica que no es ni lo uno ni lo otro. También se aplica al que está medio borracho, pues éste es precisamente su origen. Según Iribarren, «hubo un borrachín, medio tonto, que solía ir por las tardes con algunos amigos a las afueras del pueblo, y en cuanto llegaba al regato o arroyo que divide ambos términos, se divertía en saltarlo, diciendo a cada salto: 'Ahora estoy en Pinto', 'Ahora estoy en Valdemoro'. En una de esas cayó al fondo del riachuelo y exclamó: 'Ahora estoy entre Pinto y Valdemoro'». Curiosamente, refrenda esta explicación la tendencia a identificar metafóricamente la borrachera con un movimiento corporal involuntario (Pamies, Lozano y Aguilera, 2004): *andar de medio lado, ir haciendo eses, ir abrazando farolas, faltarle a uno acera, ir a trompicones*, etc.

No obstante, los peligros de dicho exceso van más allá, pues son considerados por la sabiduría popular como un síntoma del pecado, equiparable al desenfreno sexual o al consumo de tabaco, y por eso se acuñaron diversos refranes al respecto: *La mujer y el vino sacan al hombre de tino*; *La mujer y el vino engañan al más fino*; *Amor de ramera y vino de frasco, a la mañana dulce y a la tarde amargo*; *Tabaco, vino y mujer echan al hombre a perder*. Más aún, incluso se considera que el vino es la puerta por la que penetra cualquier vicio: *Donde entra mucho vino, todos los vicios hacen camino*. Uno de ellos es el de no pagar la cuenta, por ello el saber popular nos recuerda que *Quien mucho bebe, tarde paga lo que debe*, y así en algunos bares y tabernas antiguas reza la advertencia *Quien bebe para olvidar, que pague antes de empezar*.

Aun a riesgo de embriagarse, dado que, como estamos comprobando, el vino es un bien tanpreciado, al tomar un vaso cabe apurarlo hasta la última gota, aunque no esté bien visto por ir contra las normas de urbanidad y buenas maneras. De ahí nace la expresión *Hasta verte, Jesús mío* (o *Hasta verte, Cristo mío*): como afirma Iribarren, «en los refectorios conventuales se daba a cada fraile su ración de agua y vino en sendos cuencos o tazones de barro de Talavera, al fondo de los cuales solía estar pintado, ya el escudo de la orden, ya algún versículo sagrado, y más generalmente el monograma I. H. S. Alude a los frailes que apuraban todo el líquido hasta que no quedaba gota que les impidiera ver el nombre de Cristo pintado en el fondo del cuenco». Más adelante, como señala Julio Casares (1950) se extendió a los bebedores en general: «Antiguamente solía haber en todas las casas vasos o jarros en cuyo fondo se leía la cifra I. H. S. (Jesús) y cuando un bebedor se disponía a apurar el líquido contenido en tales vasijas, generalmente vino, hasta que quedase visible la citada inscripción, decía en tono familiar: *Hasta verte, Jesús mío*.» Con estos datos se comprenden también otras paremias como la de *Beber a codo alzado, hasta ver las armas del malogrado*.

En definitiva, el vino está muy presente en nuestra cultura y por ello se deja ver en gran cantidad de expresiones que reflejan el saber popular y que son transmitidas de forma oral. Los refranes encierran pensamientos a veces contradictorios pero que se adecuan perfectamente a todo tipo de situaciones de la vida cotidiana y a las múltiples facetas del ser humano.

Referencias bibliográficas

- CANTERA ORTIZ DE URBINA, J., «Más consideraciones acerca del vino en el refranero», *Paremia*, 9 (2000), pp. 25-34.
- , «*Vinum laetificat cor hominis*. El vino en el refranero español, francés y gallego», *Paremia*, 8 (1999), pp. 103-112.
- CASARES, Julio, *Introducción a la lexicografía moderna*, Madrid: CSIC, 1992 (1950).
- IRIBARREN, José María, *El porqué de los dichos*, Madrid: Punto de Lectura, 2002 (1954).
- MARCH, J. et al., *The winemakers' essential phrasebook/Fraseología del bodeguero*, Mitchell Beazley, 2004.
- PAMIES, A., LOZANO, W. y AGUILERA, D., «Fraseología de la borrachera en guaraní y en español», *Paremia*, 13 (2004), pp. 51-64.